

**Patricia Willson, *La constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*
Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, 293 páginas.**

Perdersé en las traducciones ha sido, desde el siglo XIX, una de las formas de encontrarse preferida por las ficciones y la crítica literaria argentinas. *La constelación del Sur* se detiene en un episodio central de esos itinerarios: el que se abre entre las décadas de 1930 y 1960, vinculado con la intervención cultural que organiza la revista *Sur*. La precisión de estas elecciones hace que este ensayo permita volver a pensar algunos objetos y discusiones relativamente transitados por la crítica especializada: *Sur*; los debates sobre la importación y el nacionalismo cultural, y el rol de agentes y empresas editoriales en ellas; la ampliación del corpus de lecturas disponibles para los lectores contemporáneos; las trayectorias de escritores centrales en la literatura argentina del siglo XX; y las relaciones entre las nuevas propuestas que abren sus obras y aquellas nuevas lecturas disponibles. Pero, de manera sorprendente, cada uno de estos elementos se ordena en el ensayo de Patricia Willson para mostrar una figura que no había sido percibida: la que organizan, con lazos sutiles, los modos en que la práctica y los debates alrededor de la traducción literaria modelaron un campo de lecturas y un espacio para la interpretación inéditos.

Para hacer visible la figura de la *constelación* por sobre el encandilamiento con que amenazan los astros que la forman –Borges, Bianco y Victoria Ocampo, *Sur*, la traducción como problema y como poética, entre otros–, Willson realiza una serie de operaciones significativas. Al revisar el estado de la cuestión de las teorías de la traducción, en el capítulo introductorio, despeja la postulación prescriptiva respecto de la traducibilidad –aquella que apunta qué es una buena traducción y cómo lograrla– en favor de una hipótesis relacional. Este desplazamiento le permite pensar los efectos que provoca una política de traducción –o su ausencia– sobre el conjunto de lecturas que se configuran como “foráneas” y “locales”, y sobre todo, como el sistema literario “nacional”. Al mismo tiempo, descubre este proceso en términos de estrategias editoriales que van configurando y modificando campos de lectura y opciones de interpretación. La hipótesis relacional pone en foco, entonces, el gesto de desautomatización y de desafío que implica la decisión de traducir en tanto intervención cultural sobre un corpus literario “autóctono” que se percibe como insuficiente, carente o tal vez simplemente ávido de dialogar con la literatura “universal”. Cuando una literatura se piensa joven, sostiene Willson, y sobre todo, cuando se construye como periférica, la traducción puede ocupar un lugar dinamizador: en “los casos de centralidad de la literatura traducida (...) la intervención de determinados traductores–escritores es un factor crucial en la superación de la incipiente o la crisis de modelos en una literatura nacional”. Así, esta primera operación crítica de *La constelación del Sur* ubica los interrogantes teóricos en las coordenadas específicas de la tradición cultural rioplatense, pensando las teorías, las ideas y las palabras –como gustaría Edward Said– desde el arraigo que encontraron en su lugar de destino.

La segunda operación del ensayo consiste en periodizar el corpus de la literatura traducida en la Argentina, a partir de los valores y objetivos que puso en juego en diferentes momentos. Desde finales del siglo XIX y hasta la década de 1920–1930, explica Willson, la traducción habría estado dominada por dos coordenadas no deliberadamente vinculadas con la escritura literaria, aunque dejen sus marcas en ella: la voluntad de ampliación “democratizadora” del público lector y el consumo de libros –expresada en las colecciones de libros baratos, llevaran el sello de *La Nación* o de editoriales anarquistas, o incluso el de las más tardías ediciones masivas a cargo de *Crítica* o de *Leoplán*– y el manejo discreto, por parte de muchos de los traductores, no sólo de la lengua a traducir sino, sobre todo, de la propia. Como resultado de estas orientaciones, la traducción de elementos literarios –“géneros, estilos, símbolos, personajes”– y la de elementos lingüísticos mantenían una fuerte asimetría: la relativa facilidad de traslado de los primeros se presentaba como autosuficiente para garantizar el entusiasmo de los lectores locales y, en todo caso, soslayaba la problematicidad de los segundos. La década de 1940 es el momento de quiebre y superación de esta asimetría. A partir del ejemplo que proporcionan las primeras traducciones de H. G. Wells y de Henry James, Willson condensa y demuestra que a partir de allí, la elección puesta en el tipo de texto a traducir, que comenzó a atender particularmente a diferencias estéticas y a principios constructivos, produce una literatura diferente y, sobre todo, un nuevo tipo de autor literario: el traductor–escritor.

Los tres capítulos siguientes de *La constelación del Sur* analizan las soluciones ejemplares, diversas y crecientemente complejas que encuentran tres traductores–escritores argentinos. Que la matriz de esta exploración sea una postulación de Borges en uno de sus ensayos, “Las dos maneras de traducir”, no hace sino poner a prueba y, en consecuencia, reafirmar, la pertinencia de ese hallazgo: escritura ficcional y traducción se descubren como inflexiones diversas de un mismo proceso. Victoria Ocampo,

“la traductora romántica”, encuentra en la biografía del escritor el criterio de unidad y legitimación que organiza su modo de traducir y su lengua de traducción. Jorge Luis Borges, “el traductor vanguardista”, resuelve el enigma de la traducibilidad sosteniendo, antes que una relación de ilusionada fidelidad con el texto de partida, la densidad del procedimiento literario. José Bianco, por último, “el traductor clásico”, construye con destreza y sensibilidad una lengua de traducción que es la del intérprete: aquella que, idealmente, posibilita la traslación perfecta de la intriga del texto origen y en la que, al mismo tiempo, quedan las marcas “estético-ideológicas” del texto traducido; marcas que el traductor–escritor metaboliza en sus propias ficciones.

Cada uno de estos tres capítulos organiza un contrapunto minucioso entre el análisis textual, microscópico, de procedimientos y decisiones del traductor–escritor –presencia o ausencia de perifrasis, uso de las notas al pie, cambios en la onomástica, las políticas de puntuación de los textos traducidos– y la reflexión teórica que las entrama sutilmente con sus efectos y marcas en la escritura traducida. A partir de allí, el último capítulo y la conclusión despliegan las proyecciones de este paradigma de la traducción como escritura que *Sur* logró no sólo imponer, sino también difundir y hacer difundir a otras editoriales, verdaderas instituciones culturales en lo que hizo a su rol de difusoras de géneros –como el policial– y estilos diversos. El ideal democrático de ampliación del público y la difusión del libro como objeto de consumo, y uniendo ambos polos, como vehículo privilegiado para introducir al público en nuevas ideologías estéticas, había sido alcanzado así por una revista cultural *elitista* y *extranjerizante*.

Y tal vez la apuesta más interesante y audaz de *La constelación del Sur* es justamente el modo en que logra inscribirse, sin metáfora, en esta noción fuerte que piensa la traducción como activamente productora de literatura. Por eso, a lo largo de su desarrollo, el estudio descubre que el problema reside menos en los *traductores* y *traducciones* “en” la literatura argentina, que en el hecho de que pueden ser leídos como formadores y modeladores “de” la literatura argentina de buena parte del siglo XX. Consideradas plenamente como parte del corpus de la literatura argentina y de la producción literaria de sus autores, las traducciones pueden iluminar y ser iluminadas por prólogos, ficciones, cartas personales y ensayos; sus estrategias participan, como ellos, de una intensa red de intercambios y préstamos que supera la relación bidireccional entre “texto fuente” y “texto meta” para abrirse a un diálogo múltiple al interior del propio corpus y al de la literatura contemporánea. Pensar la literatura universal desde la periferia, y el canon, desde las traducciones, pasan de ser ironías de filiación borgesiana a convertirse, por añadidura, en invitaciones tentadoras y concretas para volver a pensar otros episodios de la tradición cultural argentina en tiempos de dispersión y globalización.

Lejos de la dificultad entendida como un mérito a sortear por lectores “entendidos”, o de presentarse como un objeto exótico, digno únicamente de la curiosidad del especialista, *La constelación del Sur* despliega sus hipótesis con la economía que le da una escritura cuyos atributos indudables son una filosa claridad expositiva y la constante agudeza en las elección léxica, sintáctica y argumental. De la larga, paciente, intensa relación entre un investigador y su objeto de estudio, suelen quedar en su trabajo de tesis –el origen de *La constelación del Sur* lo es– rastros que trasuntan, a veces de manera inquietante, la presencia del segundo en la letra del primero. En el ensayo de Patricia Willson esas huellas son las de las traducciones más felices: una poética del rigor y una retórica capaz de transmitir a los otros, con fidelidad y creatividad, una trama compleja, sin temor a depositar parte de la tarea de comprensión en el lector; confianza que centellea en los guiños que dibujan algunas cláusulas incisivas y, aquí y allá, en destellos de humor en clave de *understatement*.

Claudia Román